

# TEJE EL CABELLO UNA HISTORIA

*El peinado en el Romanticismo*

29 de noviembre de 2019  
12 de abril de 2020

## TEJE EL CABELLO UNA HISTORIA *El peinado en el Romanticismo*

29/11/2019 — 12/04/2020

MUSEO NACIONAL  
DEL ROMANTICISMO

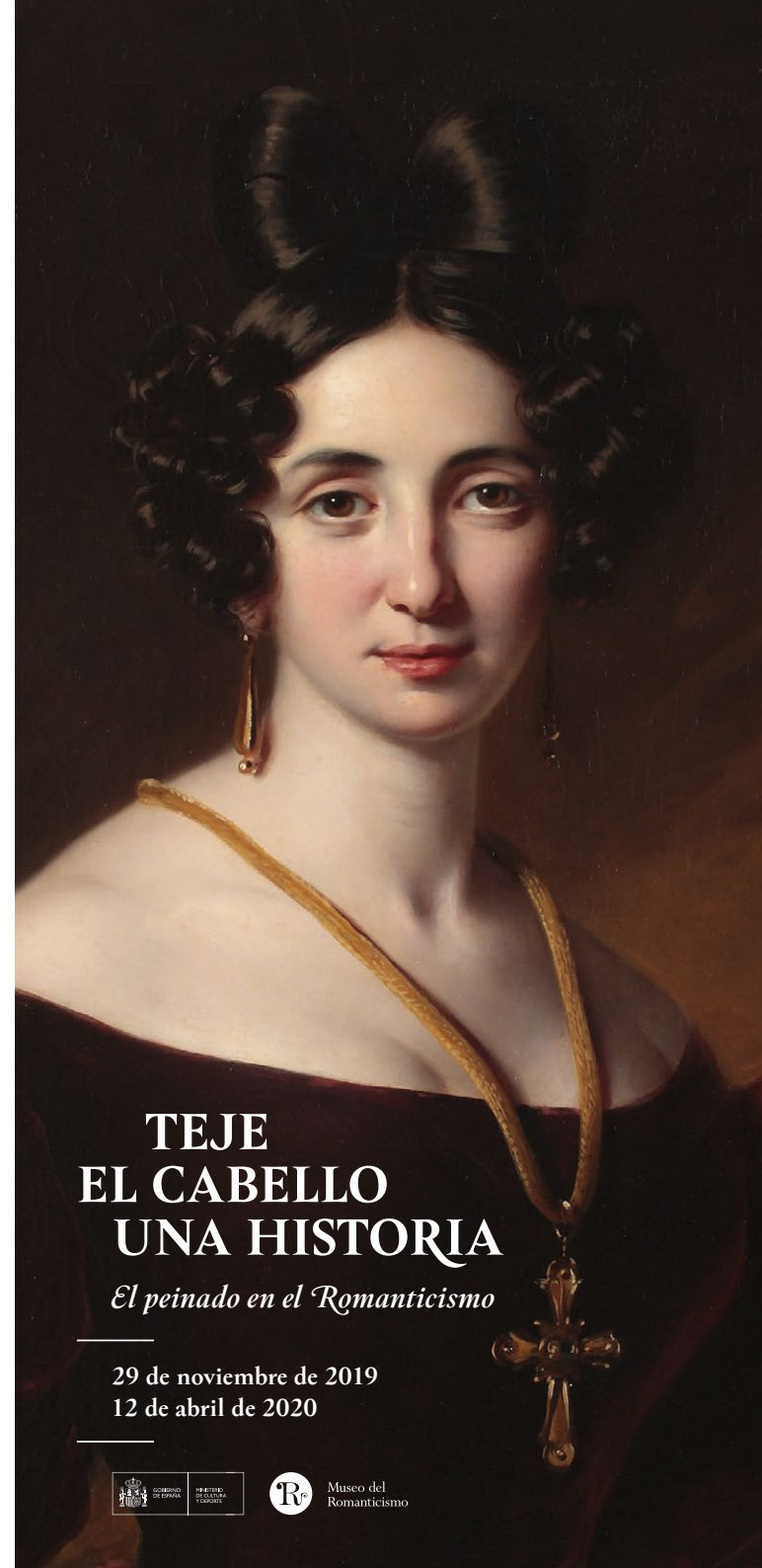
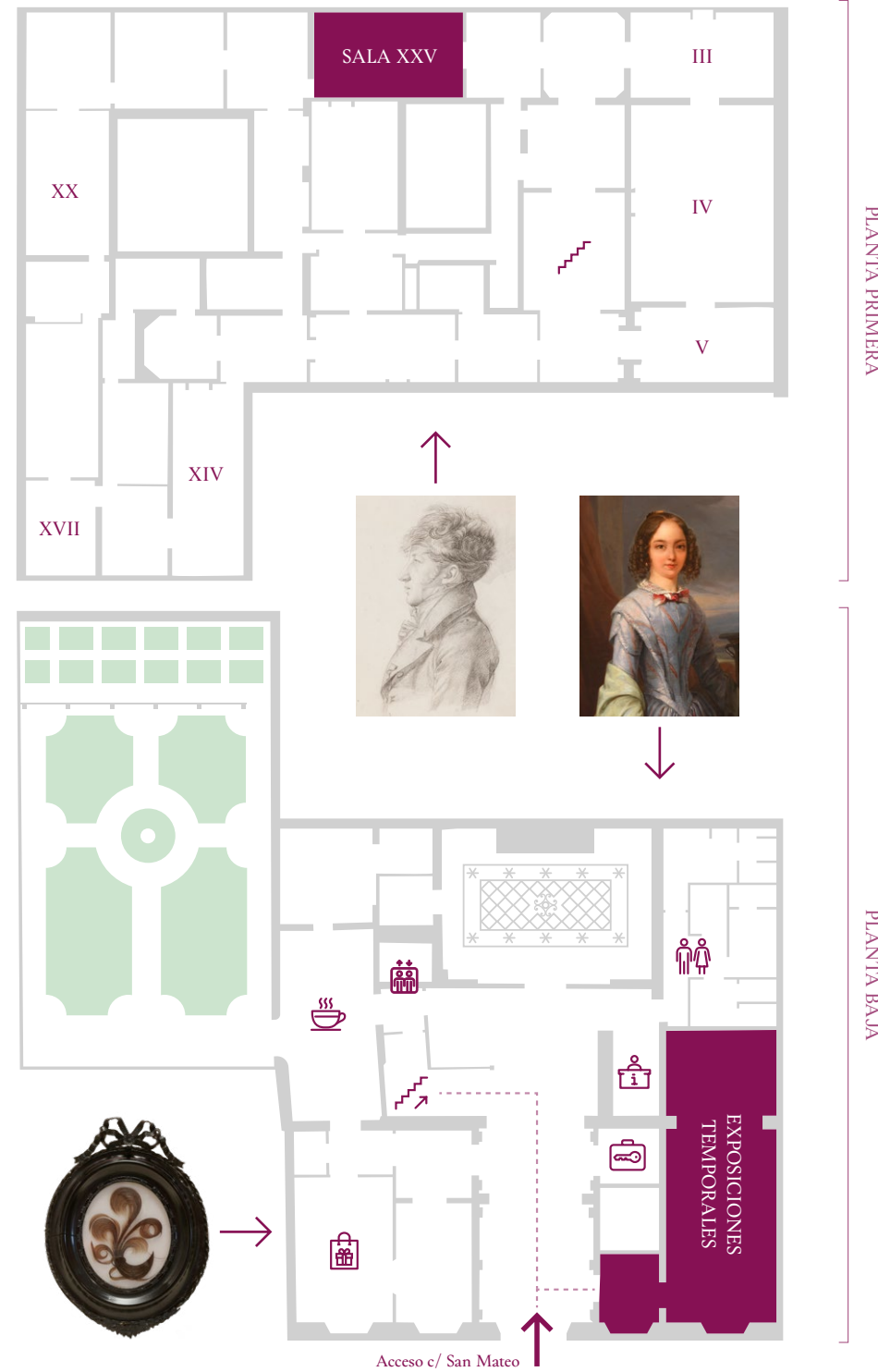
Planta baja: Exposiciones Temporales  
Planta primera: Sala XXV

c/ San Mateo, 13.  
28004 Madrid  
914 481 045  
[www.museoromanticismo.es](http://www.museoromanticismo.es)  
#ExpoMR

Martes a sábado: 9:30 - 18:30 h.  
Domingos y festivos: 10:00 - 15:00 h.

Metro:  
- Alonso Martínez (líneas 4, 5 y 10)  
- Tribunal (líneas 1 y 10)  
Autobuses: 3, 37, 40 y 149

El Museo ofrece una programación cultural paralela a la exposición, con visitas guiadas y talleres infantiles y de adultos que puede consultar en nuestra página web.



# TEJE EL CABELLO UNA HISTORIA

*El peinado en el Romanticismo*

29 de noviembre de 2019  
12 de abril de 2020

# TEJE EL CABELLO UNA HISTORIA

*El peinado en el Romanticismo*

El cabello, aunque distintivo de cada persona, ha tenido a lo largo de la historia una importante carga sociocultural.

Como sucede hoy día, en el Romanticismo el peinado fue fundamental para la construcción de la imagen personal, y junto con las joyas o los ricos vestidos, una forma de distinción y representación social.

La ostentación de algunos diseños del siglo XVIII y principios del XIX harían necesarios los servicios de un experto peluquero. Por ello, el arreglo del cabello aristocrático poco tuvo que ver con el que mostraban las clases más populares. Con todo, este dejó cierta impronta en las modas de las damas elegantes, que incorporaron a su tocador peinetas y mantillas de blondas.

A medida que avanzó el siglo las formas se irían suavizando, coincidiendo con el ascenso y asentamiento de la burguesía, dando paso a peinados más sencillos, especialmente en el universo femenino.

España, que en otras épocas había sido creadora de tendencias, recibiría en el siglo XIX la influencia de los dos grandes centros de la moda europea, París y Londres. El afrancesamiento en las costumbres tendría también su reflejo en la moda, en la que el peinado sería una parte esencial. Indumentaria y arreglo del cabello irían de la mano hasta el punto de que determinadas vestimentas se asociarían a un tipo u otro de peinado. Por su parte, las tendencias inglesas se introdujeron a través del país vecino, por lo que llegaron tamizadas por la visión gala de las mismas.



Florentino de Craene, *La infanta Luisa Carlota de Borbón*, h. 1832.  
Gouache y acuarela sobre marfil



## EL PEINADO FEMENINO

Las revistas femeninas y de moda contribuyeron a la difusión de las nuevas tendencias en el arreglo del cabello de las damas. A medida que avanzaba la centuria, las crónicas de los grandes eventos, que incluían las descripciones de las indumentarias y peinados más sobresalientes, se fueron enriqueciendo con la inserción de figurines e ilustraciones, lo que resultó clave para la divulgación de la moda.

Los peinados variarían dependiendo del momento del día, pero sobre todo según la ocasión, siendo los más exuberantes los que se reservaban para el baile.

El cabello recogido será una de las señas de identidad de la época. En los años 20 y 30 del siglo XIX estos recogidos aumentarían de tamaño e irían escalando también a zonas más elevadas de la cabeza, con creaciones repletas de artificiosidad y fantasía. Las décadas siguientes se caracterizaron por la vuelta a la sobriedad, configurando el peinado burgués y contribuyendo a la democratización de este.



Federico de Madrazo, *Francisco Aranda y Delgado*, 1839.  
Óleo sobre lienzo



## EL PEINADO MASCULINO

A diferencia de lo que ocurría en el universo femenino, el peinado masculino no fue considerado un elemento de belleza como tal, sino que debía servir para imprimir carácter y subrayar la individualidad de los caballeros. Quizá por eso apenas aparecieron referencias a las modas en las revistas de la época, que no solían estar dirigidas a los varones, ni descripciones de los peinados con nombres que identificaran una u otra tendencia. Tampoco los cambios se produjeron vertiginosamente, sino de forma más atenuada.

Con todo, el siglo XIX fue testigo de la evolución en el peinado masculino y la generalización del uso del bigote y la barba. Además, asistió al nacimiento de un estereotipo de elegancia, encarnado en la figura del dandi, y sus derivaciones españolas, los románticos y lechuguinos.



Pulsera, segundo tercio del siglo XIX.  
Cabello trenzado y broche de metal, azabache y aljófár



## EL CABELLO COMO RECUERDO

En el Romanticismo fue frecuente entregar y guardar el cabello de los seres queridos. La expresión más sencilla de esta práctica fue la de conservar un mechón de los allegados. En las circunstancias más funestas era el único recuerdo físico que dejaban los que ya se habían ido, convirtiéndose en un fetiche capaz de invocar su memoria y, acaso, su presencia, diluyendo la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Las cualidades materiales del cabello permitieron realizar distintas labores con él, posibilitando conservar la memoria de las personas amadas más allá de las pequeñas cajas, joyeros o guardapelos que portaban los mechones. Así, se aplicó como hilo para bordar o para decorar pañuelos y otras piezas de lencería. Pero además, se utilizó para elaborar pequeños cuadros, cifras y artículos de joyería tales como pulseras, brazaletes, sortijas, cadenas de reloj o cinturones.